



LUIS MARTÍNEZ SISTACH

UN CARDENAL SE CONFIESA

 Planeta Testimonio

UN CARDENAL SE CONFIESA

Conversaciones
del cardenal Luis Martínez
Sistach con el periodista
Jordi Piquer Quintana

Prólogo del cardenal Gianfranco Ravasi

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Colección: PLANETA TESTIMONIO

© Luis Martínez Sistach, 2017
© Jordi Piquer Quintana, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2017
Depósito legal: B. 7.596-2017
ISBN: 978-84-08-17139-3
Preimpresión: Víctor Igual, S. L.
Impresión: Black Print
Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

ÍNDICE

Prólogo, <i>por el cardenal Gianfranco Ravasi</i>	9
El impacto del papa Francisco	21
Las etapas de una vida	45
Un cardenal para los laicos	83
«La alegría del amor», el segundo texto programático del papa Francisco	103
El cardenal de Cataluña	129
Las religiones en la ciudad secular: laicidad no es igual a laicismo	147
La Sagrada Familia, catedral de Europa	179
Una Iglesia «en salida» misionera	199
La Iglesia samaritana	221
Los agnósticos «de cultura cristiana»	241
La vida de un jubilado activo	265
El alma del «hombre urbano»	281

EL IMPACTO DEL PAPA FRANCISCO

El día 11 de febrero de 2013, usted estaba en la casa de ejercicios espirituales de Tiana, reunido con los restantes obispos de Cataluña, pero dejó la reunión para atender, a las 13.15 horas, a los medios informativos en el palacio episcopal, dos horas después de haberse hecho pública la renuncia de Benedicto XVI. Cuéntenos cómo recibieron los obispos catalanes la sorprendente noticia.

Lo recuerdo muy bien. Los obispos de Cataluña dedicábamos aquella mañana a un retiro espiritual, en la casa de ejercicios de Tiana, reflexionando sobre la Iglesia, dirigido por el profesor de la Facultad de Teología, doctor Joan Planellas, actualmente decano de esta facultad. Apenas habíamos iniciado el retiro, entró mi secretario y me pidió que saliera de la sala por un asunto muy importante. Salí y en el aparato telefónico estaba mi delegado diocesano de medios de comunicación y me dijo lacónicamente: «El papa Benedicto XVI ha renunciado». Apenas me hice a la idea, pero le pedí que lo confrontara y me confirmó la veracidad de la noticia. El Papa había renunciado. Algo insólito desde hacía seiscientos años. La noticia era de tanto peso que permitía interrumpir el retiro espiritual de los devotos obispos. Les di la noticia, intercambiando unas primeras impresiones. Nos costaba creerlo, dado que era una iniciativa innovadora. Pero, ya más hechos a la noticia, nos pare-

ció que era coherente con la espiritualidad y personalidad de Ratzinger. Los obispos consideraron conveniente que yo dejara el retiro y regresara al arzobispado para tratar con los periodistas. Recuerdo que los obispos me dijeron que había entrado pálido a la sala, sería por la trascendencia de la noticia y quizá también porque era inesperada.

¿Qué sentía al redactar la comunicación de veinte líneas que leyó aquella mañana ante los periodistas?

Creo recordar que fuimos los primeros en convocar a los medios de comunicación en una improvisada conferencia de prensa para informar de la renuncia del papa Benedicto XVI. Preparé una nota que leí en catalán y castellano en el pequeño atrio de las pinturas de estilo románico del arzobispado. ¿Qué sentía al redactar la nota? Que la Iglesia vivía aquella mañana un hecho histórico y que quizá abría un nuevo estilo del ejercicio del ministerio del sucesor de Pedro.

Recuerdo muy bien cómo, al terminar la lectura que hice de la nota en catalán y en castellano, algunos periodistas querían hacerme preguntas sobre el significado de este gesto de Benedicto XVI y otros aspectos. Les dije que no estaba en condiciones de contestarles porque la noticia de la renuncia me cogió por sorpresa y aún no la había digerido. Realmente era así, y los periodistas lo entendieron muy bien.

Le cito las palabras que dijo aquel día: «Esta decisión, que ha hecho pública hoy el Santo Padre, es coherente con alguna manifestación que ya había hecho en el sentido que, si consideraba más adelante que no podía realizar debidamente su ministerio petrino, renunciaría». Tres años des-

pués, a la vista de los hechos vividos por la Iglesia, ¿cómo valora aquella decisión de Benedicto XVI? ¿Cree que ha introducido una reforma muy moderna a la tradición del papado vitalicio, abriendo el camino a una praxis de renuncia cuando flaquean las fuerzas para ejercer el servicio del obispo de Roma a su diócesis, a la Iglesia universal y al mundo?

En el texto de la renuncia que Benedicto XVI leyó en latín aquel 11 de febrero de 2013, en la Sala del Consistorio, figuran dos adverbios: *bien* y *adecuadamente*. Dándose cuenta en conciencia, y supongo que tras mucha oración y quizá algunas consultas, el Papa llegó a la conclusión de que él no podía continuar realizando el servicio de obispo de Roma y sucesor de Pedro «ni bien ni adecuadamente» y por ello renunció. Este gesto de Benedicto XVI manifiesta su coherencia, su valentía y su humildad. No era fácil para el Papa reconocer que ya no tenía las fuerzas suficientes para continuar su ministerio al servicio de la Iglesia universal.

Pienso que con su renuncia consciente y libre se ha abierto una nueva manera de terminar el ejercicio del ministerio de Papa, haciendo uso del derecho a la renuncia que la normativa de la Iglesia siempre ha reconocido a los pontífices. Hay dos factores que seguramente aconsejaron la renuncia: la presencia constante de la televisión con los primeros planos de la persona del Papa y el estilo misionero de los sucesores de Pedro, que viajan para ir a las periferias geográficas de la Iglesia católica, extendida de Oriente a Occidente.

Es curioso constatar que, recientemente, los papas que han sido elegidos de más edad son los que han propiciado gestos más innovadores: Juan XXIII, convocando un con-

cilio ecuménico, y Benedicto XVI, renunciando a su ministerio de obispo de Roma y sucesor de Pedro. ¿Cómo recuerda sus encuentros con Benedicto XVI, el Papa que le nombró cardenal? En alguna fotografía de una de las audiencias que le concedió se le ve a usted mostrándole un artístico libro sobre la Sagrada Familia.

Todas las audiencias privadas que me concedió eran encuentros en que te sentías acogido con afecto y fraternidad. Tiene un corazón muy cálido y afectuoso. No tenía ninguna prisa. Recuerdo que en una de estas audiencias privadas, de las últimas, me extrañó que, antes de ser recibido por el Papa, el secretario me dijese que sería más corta, como de quince minutos. Ya había observado que estaba esperando la visita que debía entrar detrás de mí. Pero la audiencia duró cuarenta minutos, hasta que el secretario entró en el despacho del Benedicto XVI recordándole que aguardaban otras visitas. Se interesaba por todo lo que le comunicabas y siempre daba algún consejo, fruto de su interés por el bien de la Iglesia y de su sabiduría. En estas audiencias siempre le hablaba mucho o poco del templo de la Sagrada Familia y de Antoni Gaudí, cristiano ejemplar y arquitecto singular, con la finalidad de ir preparando mi invitación para que el Papa viniera a Barcelona a dedicar este templo. Esta fotografía a que hace referencia en su pregunta forma parte de un libro sobre la Sagrada Familia, con maravillosas fotografías y excelente texto, que le ofrecí en una de las audiencias. Pero, lógicamente, hablábamos de la archidiócesis, de la Iglesia, de lo social, cultural e institucional de nuestro país. Siempre mostró mucho interés.

Para un obispo, poder encontrarse personalmente con el Papa en una audiencia privada es muy importante

porque el Señor confió a Pedro que confirmara en la fe también a los obispos y porque necesitas el consejo y la orientación del obispo de Roma y sucesor de Pedro sobre cuestiones importantes de la vida de la diócesis. Estas audiencias privadas se agradecen muchísimo.

A mí me gustaba tener una audiencia privada con el Papa una vez al año. Deseaba explicarle la vida y la actividad de la Iglesia de Barcelona y de la pastoral que realizaban los obispos de las diócesis catalanas. Considero que conviene que el sucesor de Pedro conozca la realidad de las Iglesias esparcidas por el mundo. El hecho de que Benedicto XVI había sido por unos años obispo de la archidiócesis de Múnich daba una sintonía especial a la conversación sobre los problemas, los retos y las esperanzas que teníamos en la archidiócesis de Barcelona y en el trabajo pastoral conjunto en la tarea de la nueva evangelización que el Papa había propuesto a toda la Iglesia.

Su biografía personal y la historia de Barcelona están unidas a la figura de Benedicto XVI, sobre todo por lo vivido los días 6 y 7 de noviembre de 2010: la visita a Barcelona para la dedicación de la Sagrada Familia. ¿Cómo se gestó aquel viaje del Papa a España, que fue compartido por Santiago de Compostela y Barcelona?

Estoy muy satisfecho de aquella histórica visita. Nunca me lo había imaginado. Pero la Providencia tiene sus caminos para cada uno. Los barceloneses teníamos la convicción de que la construcción del templo de la Sagrada Familia duraría y duraría años y más años. ¡Empezó el año 1882! Pero un día tuve como una inspiración: pensé que, si se podían cubrir las naves del templo, ya se podrían dedicar para el culto. Hablé con los arquitectos de

la fundación responsable de la construcción del templo —presidida por el arzobispo de Barcelona— y me dijeron que ya se podían cubrir las naves. Les dije que lo hicieran y empecé a preparar con más intensidad la invitación del papa Benedicto XVI, para que fuera él quien presidiera la dedicación de este templo singular por su extraordinaria belleza, por su originalidad y por su riqueza teológica, catequética y ecológica. Aproveché una audiencia privada para invitar formalmente al Papa. Él acogió la invitación con mucho interés y receptibilidad, pero normalmente no se da una respuesta en el mismo momento.

Hoy, la Iglesia puede realizar —a diferencia del tiempo del Renacimiento italiano— muy pocas obras como la de la Sagrada Familia de Barcelona por falta de medios económicos. Pensaba que convenía que fuera el Papa quien la dedicara litúrgicamente, y así era la Iglesia la que, de alguna manera, la ofrecía también al mundo del arte y de la cultura para que pudiera gozar de su belleza.

Pero pienso que aquello que movió más al Papa a aceptar mi invitación fue la sintonía que descubrió entre su concepción teológica de una iglesia o templo, que es para la celebración de la eucaristía, y la misma concepción que tenía Antoni Gaudí al proyectar el templo de la Sagrada Familia. Yo le expliqué que en todo el templo había un solo altar, una sola sede, un solo ambón para la celebración de la eucaristía. Hay que decir que nuestro arquitecto, que empezó a trabajar en el templo en 1883 y murió en 1926, se adelantó a contenidos litúrgicos del Concilio Vaticano II celebrado en Roma de 1962 a 1965. La decisión de Benedicto XVI de acoger mi invitación fue una decisión muy personal suya, atendida su edad y el intenso calendario de viajes que tenía.

Al invitar formalmente al Papa para que viniese a Barcelona, me dijeron que guardara reserva de tal invitación. Guardé secreto absoluto, para evitar comentarios de toda índole, que se hubieran hecho si el Papa no hubiera podido venir a Barcelona. Pero un día llegó la buenísima noticia: el Papa había aceptado mi invitación y vendría a Barcelona durante el año 2010. Recuerdo que el secretario de Estado me llamó por teléfono para concretar la fecha. Empezó ofreciéndome el mes de mayo, pero era demasiado precipitado para la debida preparación. Me ofreció finales de junio, que a la misma dificultad antes expuesta unía que la fecha coincidía con el final de curso y los exámenes en los centros docentes, con la dificultad que suponía para disponer de voluntarios. Finalmente, me ofreció el mes de noviembre. No había otra alternativa, pero temía el frío, la lluvia, etcétera, aunque vi que era la más conveniente. Me dijo que era el domingo 7 de noviembre. Antoni Gaudí decía que en la Sagrada Familia todo era providencial: el 7 de noviembre de 1982, domingo, Juan Pablo II visitó el templo de la Sagrada Familia. ¿Casual o providencial?

Cuando me comunicaron que el Papa había aceptado mi invitación, me pidieron que mantuviera la reserva, porque se tenía que comunicar al Gobierno español. La comunicación la hizo el nuncio apostólico Renzo Fratini a la vicepresidenta del Gobierno español, María Teresa Fernández de la Vega. El Gobierno aceptó plenamente esta visita, pero indicó que, coincidiendo con la celebración del Año Jacobeo, convendría que visitara Santiago de Compostela, visita que con anterioridad se había descartado. La invitación a Barcelona posibilitó a Santiago de Compostela que el papa Benedicto XVI visitara aquella ciudad una parte del día 6 de noviembre, aprovechando

do el viaje que hizo a Barcelona para pernoctar este día y estar todo el día 7 de noviembre.

Aquel 7 de noviembre de 2010 fue un gran día para Barcelona. Usted ya se trasladó a Santiago de Compostela para recibir al Papa al pisar suelo español y le acompañó en el vuelo hacia Barcelona como miembro del séquito pontificio. ¿Algún recuerdo de aquel trayecto?

El día 6 de noviembre yo estuve en Santiago de Compostela para acoger con los otros obispos españoles al papa Benedicto. Recuerdo muy bien que algunos de estos obispos, aquella, mañana me dijeron que me veían muy tranquilo. Ciertamente lo estaba y les daba la razón: habíamos preparado la visita del Papa a Barcelona lo mejor que supimos y el Papa se presenta siempre como un pastor que es muy bien acogido por todos.

Regresé de Santiago de Compostela en el avión del Papa para poder acogerle en la Ciudad Condal a su llegada. Barcelona recibía con ilusión al Papa. Para los católicos, y creo que para todos los barceloneses, esta visita del papa Ratzinger fue un acontecimiento ciudadano, y también para toda la archidiócesis metropolitana de Barcelona y del resto de las diócesis. Tengo un grato recuerdo de su llegada a Barcelona la noche del día 6. La plaza de la Catedral estaba llena de jóvenes que llevaban toda la tarde esperando al Papa y rezando por él. No estaba previsto en el protocolo del viaje que saliera al balcón del arzobispado para saludarlos. Pero, al ver a aquellos jóvenes, se lo indiqué al Papa y aceptó gustosamente salir al balcón que da a la plaza. Fue una manifestación de alegría desbordante de tantos jóvenes que llenó de satisfacción al Papa y también a mí, que estaba a su lado.

El Papa se hospedó en su casa, en la residencia episcopal. Creo recordar que Juan Pablo II, en 1982, no pernoctó en Barcelona, sino que, a última hora del día, partió por vía aérea hacia Valencia, donde tenía diversos actos al día siguiente. ¿Qué se siente al tener al Papa como huésped?

Nunca había ni imaginado ni pensado que un día podría tener en casa a un Papa. ¿Qué sentí? Mucha satisfacción y mucha paz. Benedicto XVI inspiraba paz y facilitaba el estar a su lado. Cuando el coche llegó al arzobispado, le dije que estaba en su casa, que deseábamos que estuviera muy bien en su estancia en Barcelona y que estábamos plenamente a su disposición. No era un huésped, porque era el Papa, el padre y el hermano mayor, y estaba en su casa.

Después de saludar a los jóvenes desde un balcón de la sala principal del arzobispado, acompañé al Papa a la capilla, situada al lado de su habitación, donde permaneció unos momentos en oración. Yo, en aquellos momentos, pedí al Señor que toda la visita que iniciaba Benedicto XVI fuera una visita pastoral en bien de la ciudad de Barcelona y de la vida cristiana de los diocesanos. El Papa se retiró para descansar, pero aprovechó la terraza de su habitación para dar un paseo antes de acostarse.

Tanto el desayuno del día 7 de noviembre como el almuerzo de este mismo día fueron momentos de mucha fraternidad y simpatía, hablando de la visita apostólica, de la celebración litúrgica de la basílica de la Sagrada Familia, y de su belleza singular y su simbolismo religioso excepcional.

El Papa visitaba Cataluña y deseaba ofrecerle en la comida cocina catalana. Pedí al presidente del gremio de pastelería que preparase una mona de chocolate que reprodujera la fachada del Nacimiento de la Sagrada Fa-

milia, para poder presentarla al Papa en el momento de los postres y explicarle esta tradición muy unida a la Pascua. Cuatro profesionales elaboraron esta mona, de proporciones considerables, y ellos mismos al final de la comida la ofrecieron a Benedicto XVI, quien una hora antes había contemplado la misma fachada en la dedicación de la basílica, al rezar allí el ángelus. El Papa quedó maravillado de la obra de arte en chocolate que habían conseguido aquellos ilusionados profesionales. Por voluntad del mismo Papa, esta mona se conserva en el Museo del Chocolate, de Barcelona.

En alguna ocasión usted ha citado lo que le dijo el Papa durante el almuerzo del 7 de noviembre en el palacio episcopal.

En el almuerzo del día 7, terminada la celebración de la dedicación de la basílica de la Sagrada Familia, el Papa me dijo —yo estaba a su derecha— que de la celebración litúrgica de la mañana le había quedado un recuerdo inolvidable. Y ha sido así, porque las veces que he estado con él me lo ha recordado. Fue una celebración bellísima y muy participada. Creo que a todos los que estuvimos en aquella celebración nos ha quedado también un recuerdo inolvidable. Un cardenal que participó en la celebración, muy vinculado al Papa y amigo mío, me dijo que, si estuviera lista la causa de beatificación de Antoni Gaudí, Benedicto XVI iría a Barcelona para presidir la celebración de beatificación. Era una impresión de este cardenal al ver cómo impactó en el Papa la celebración de la dedicación, por la belleza y simbología de la basílica y por la vida de su genial arquitecto, Antoni Gaudí.

Vayamos al acto de la dedicación de la Sagrada Familia. El teólogo Josep M. Rovira Belloso escribió en Vida Nueva que el Papa se mostró en gran sintonía con el entorno creado por Antoni Gaudí y presidió la ceremonia con una gran unción y piedad, y dio un ejemplo de lo que se ha llamado el ars celebrandi, o el arte de presidir y celebrar bien una ceremonia religiosa.

Este lúcido teólogo y buen amigo tiene mucha razón en estas afirmaciones. La dedicación de la basílica de la Sagrada Familia fue una celebración litúrgica magnífica. En una audiencia que me concedió Benedicto XVI poco antes de venir a Barcelona, le dije que Antoni Gaudí decía que en la Sagrada Familia todo era providencial, y comenté al Papa que era así, ya que, cuando la gente preguntaba a Gaudí quién terminaría el grandioso templo que había proyectado, el arquitecto contestaba que lo terminaría san José, porque la Asociación de Devotos de San José era la entidad que promovía la construcción del templo. Y le dije al Papa que se cumplía lo que dijo Gaudí, ya que el Papa que ha acabado el templo para dedicarlo al culto lleva José por nombre de bautismo: Joseph Ratzinger. El sueño de nuestro «arquitecto de Dios», como el de todos los constructores de catedrales, era representar en el templo proyectado la Jerusalén celestial, la ciudad nueva y santa que, como dice el Apocalipsis, bajará del cielo, viniendo de Dios, como una novia ataviada para su esposo, inspirándose también en la visión del profeta Ezequiel relativa al templo de la nueva Jerusalén.

Este sueño de Gaudí se hizo realidad de una manera especial en la celebración eucarística de la dedicación del templo de la Sagrada Familia, reunida la asamblea litúrgica presidida por el sucesor de Pedro, con la parti-

cipación de diecinueve cardenales, veintitrés arzobispos, setenta obispos y un millar de sacerdotes concelebrantes, junto con una multitud del restante pueblo de Dios, con la proclamación de la Palabra de Dios, el expresivo rito de la dedicación, la alabanza al Señor de la gloria, el incienso, los cantos cantados por toda la asamblea, etcétera.

Recuerdo que el portavoz pontificio, el padre Federico Lombardi, en una conferencia de prensa, aquel mediodía, dijo que la celebración de la mañana había sido la expresión más solemne, más articulada entre el hombre y Dios que había visto durante los cinco años de pontificado que llevaba Benedicto XVI. En el marco espléndido de la basílica, aquel domingo por la mañana pudimos gozar del *ars celebrandi* (arte de celebrar), que se consiguió mediante el celebrante principal, el rito de la dedicación riquísimo en símbolos, el artista Antoni Gaudí, su templo originalísimo y único en el mundo, y la asamblea activa y participante, durante tres horas, escribiendo un bellissimo himno de alabanza y gloria a Dios, que nos hizo pregustar la liturgia del cielo.

No puedo dejar de preguntarle por la visita del papa Benedicto a una obra social de la archidiócesis de Barcelona, la Obra del Nen Déu (el Niño Dios), dedicada a personas de toda edad que sufren disminuciones, sobre todo niños y jóvenes.

Cuando Benedicto XVI decidió presidir la dedicación de la Sagrada Familia, le pedí que visitara por la tarde una institución dedicada —como tantas en nuestro país— a niños y a jóvenes con dificultades, especialmente con síndrome de Down. La Obra Social Nen Déu. Es una fundación canónica que se creó en Barcelona a finales del

siglo XIX y está prestando un maravilloso servicio a más de doscientas familias con poca capacidad económica.

Recuerdo que cuando pedí al Papa que presidiera la dedicación del templo de la Sagrada Familia, sus colaboradores más inmediatos me dijeron que, si lo aceptaba, su visita se limitaría al acto de la dedicación. Pero, cuando el Papa me dijo que venía a Barcelona, me atreví a pedirle esta visita a la Obra Social Nen Déu por tres razones: la primera, porque la suntuosidad de la basílica de la Sagrada Familia se completaba muy bien con la visita a Nen Déu, que, si bien era una visita a esta institución, de alguna manera era una visita a todas las obras e instituciones de la Iglesia que realizan una necesaria y excelente labor al servicio de las personas y grupos más necesitados. Tenía otra razón: la Iglesia se pronuncia a favor de la vida humana desde el primer momento de la concepción y esta visita era como si el Papa dijera a estos doscientos padres: «Gracias por haber dado la vida a vuestros hijos y por amarlos y cuidarlos». La tercera razón era pensando en el papa Ratzinger, que era considerado como un intelectual, distante, frío. En realidad, cuando uno se acerca a su persona, no es así. Te acoge, te dedica tiempo y afecto. Tiene un corazón como ya he dicho antes muy cariñoso. ¿Y en dónde podría aparecer mejor esta imagen de Benedicto XVI? En medio de estos niños y jóvenes que son simpáticos y cariñosos. Y fue así. Fue una visita entrañable y muy emotiva. Tuve que esforzarme para no derramar lágrimas de las emociones que vivimos en esta visita a Nen Déu. El Papa se emocionó, rompió todo el protocolo y firmó en el libro de la entidad. No era para menos, ya que incluso llegaron a cantarle una canción en alemán. Todo un récord que expresaba el entusiasmo con que recibieron esta visita todos

los que forman la comunidad de Nen Déu, patronato, alumnos, taller y residencia, religiosas y personal docente y administrativo.

El patronato de la fundación presentó al Papa un proyecto de construcción de una residencia con número suficiente de habitaciones para albergar a los jóvenes y adultos que frecuentan el taller ocupacional de la institución, especialmente cuando faltan sus padres. Llevaría el nombre de Benedicto XVI. Era un proyecto elaborado con mucha ilusión a pesar de las posibilidades económicas limitadas de nuestra fundación. A ello se ha añadido la crisis económica con muchos recortes de ayudas por parte de la Administración pública. El año pasado pudimos conseguir una ayuda considerable de una institución privada, gracias a la cual pensamos que podría hacerse realidad aquel proyecto e inaugurarlo, con la esperanza de que desde Roma el papa emérito Benedicto XVI nos diera su bendición.

En realidad, esta visita, que fue muy preparada y cuidada por usted, ha introducido una práctica nueva en los viajes pontificios, la visita a obras sociales o asistenciales.

De tal manera gustó esta visita al Papa y a los organizadores de los viajes papales que a partir de esta experiencia el Papa en los viajes visita centros similares. El viaje siguiente de Benedicto XVI fue a Madrid, con motivo de la Jornada Mundial de la Juventud. Visitó un centro similar al de Barcelona y en aquel acto pregunté al señor Gasbarri, encargado de los viajes del Papa, si esta visita era por aquella de Barcelona, y me dijo que sí: *Questo è per quello*. Podemos decir que la visita de Barcelona, de alguna manera, ha marcado estilo.

Usted ha hecho algunas visitas al Papa emérito en su casa retiro del Vaticano. ¿Qué le ha dicho de aquella visita suya a Barcelona?

Visité al papa emérito Benedicto en su residencia del Vaticano. Fue muy acogedor y cordial, y hablamos de la basílica de la Sagrada Familia. Como me dijo aquel domingo de noviembre en Barcelona, tenía un recuerdo inolvidable de la celebración litúrgica, que se confirmó por el interés que manifestó sobre el estado actual de las obras de construcción de los exteriores de la basílica.

Le hice una consulta, como muy buen teólogo que es. En el proyecto de Gaudí, la torre dedicada a María era algo más baja que las cuatro dedicadas a los evangelistas que rodean la torre de Jesucristo, la más alta del templo. Seguramente obedecía a algún factor estético. Pero considero que la torre de María, la Madre de Dios, tiene que ser algo más alta que la de los evangelistas. Pedí al Papa su parecer y me contestó: *Senza altro*, es decir, «Sin ninguna duda». Como presidente de la fundación para la construcción del templo, dije a los arquitectos que fuera así y así será. Gaudí, por su devoción a la Virgen María bajo las advocaciones de Misericordia, Montserrat y Merced, sin duda lo contemplará desde el cielo con muy buenos ojos.

Como cardenal, usted entró en la Capilla Sixtina el 13 de marzo de 2013, para elegir, aquel día, al papa Francisco. ¿Le puedo preguntar qué se siente al proceder a la elección en aquel marco tan histórico y tan bello?

Avanzando con los otros cardenales en procesión y en oración hacia la Capilla Sixtina y especialmente en el momento del juramento que prestamos uno tras otro,

sentí participar en un acontecimiento de Iglesia importantísimo: elegir al obispo de Roma y sucesor de san Pedro. Sentí, también, que nos acompañaban millones y millones de católicos de todo el mundo con su oración para que el Espíritu Santo nos iluminara y nos ayudara. Y sentí, a la vez, la fraternidad eclesial de todos los cardenales que participábamos en aquel acontecimiento en el cónclave.

El marco de la histórica y bellísima Capilla Sixtina, con las pinturas de *El Juicio Final*, de Miguel Ángel, ayuda a actuar con la máxima pureza de intención, buscando únicamente lo mejor para el bien de la Iglesia y de su misión al servicio de las personas y del mundo. El Espíritu Santo nos asiste para que cada cardenal elector actúe de esta manera.

El tiempo que duró el cónclave fue para mí un tiempo de silencio, de oración y de reflexión centrado plenamente en la Iglesia, en la misión que realiza y ha de realizar en el mundo, en los grandes retos que presenta el mundo de hoy a nuestras generaciones y a la misma Iglesia y en la ayuda que el sucesor de Pedro que sea elegido pueda prestar al mundo creado y amado por Dios. Pienso que el cónclave ha sido el momento de mayor trascendencia que he vivido en mi vida.

Ahí es nada: el primer Papa latinoamericano de la historia y el primer Papa jesuita. Díganos, ¿cómo valora lo que se ha llamado el impacto de Francisco en la Iglesia y en el mundo?

Realmente, el papa Francisco ha impactado desde el primer momento a la Iglesia y al mundo. El Espíritu Santo suscitó por primera vez en la historia de la Iglesia un Papa latinoamericano —de Argentina— y jesuita. Nos

sorprendió a los cardenales, en la Capilla Sixtina, apenas elegido y, aceptando la elección, cuando se le preguntó qué nombre tomaba y contestó: «Francisco, en memoria de san Francisco de Asís». Es también el primer Papa que ha querido llamarse Francisco. Jorge Mario Bergoglio no quería olvidarse de los pobres y tomó el nombre del *poverello d'Assisi*. El matiz que hizo en su respuesta se debe a que, siendo él jesuita, podría interpretarse que tomó este nombre en memoria de algún san Francisco jesuita, como san Francisco Javier. Ha aportado un estilo más propio de la espiritualidad latinoamericana, que nos sorprende agradablemente. Quizá aquel impacto se debe también a que Francisco habla de lo que interesa a la gente y lo hace con un lenguaje que entiende la gente. Así, el «éxito» está asegurado. Es muy importante su estilo de vida y de actuación, que podemos considerar de normalidad, y esto es lo que se desea de las personas con responsabilidades muy importantes. Así me atreví a comentárselo en mi primera audiencia privada. Es una persona normal que quiso ir a pagar personalmente su cuenta en el Pensionato Romano de su estancia los días de las congregaciones generales previas al cónclave, que quiere llevar él mismo su cartera, etcétera.

Con todo, hay que decir que el impacto obedece también a contenidos más sustantivos, como su deseo de reforma de las estructuras eclesiales de la economía de la Santa Sede y de la curia romana, su deseo de una Iglesia pobre y para los pobres y su compromiso con una Iglesia evangelizadora, en salida, samaritana y con puertas abiertas. El impacto no obedece a una campaña de marketing, sino a una persuasión de su autenticidad.

Después de saludar y bendecir a la ciudad de Roma y al mundo, apenas tras ser elegido Papa, quiso trasladar-

se a Santa Marta con uno de los minibuses que usábamos los cardenales, y quiso cenar con los cardenales electores en Santa Marta. Fue una cena muy agradable y sin ningún protocolo. Recuerdo que al final de la cena nos dirigió unas palabras, diciéndonos al terminar: «Que Dios les perdone lo que han hecho conmigo». Porque los cardenales electores regresábamos a casa, mientras que el cardenal Bergoglio ya no regresó a casa, por haberlo elegido obispo de Roma y sucesor de Pedro. Pasado un tiempo en que el papa Francisco iba ganándose el corazón de las personas del mundo, en una reunión de los obispos de Cataluña con el Papa, en mis palabras de saludo, le dije que Dios ya nos había perdonado a los cardenales, ya que habíamos acertado en la elección.

Sigamos, si le parece bien, un orden, su primera encíclica La luz de la fe, una encíclica —se ha dicho— «escrita a cuatro manos».

Esta encíclica estaba ya muy adelantada por el papa Benedicto XVI, y Francisco se limitó a terminarla. Con acierto se ha dicho que es una encíclica «escrita a cuatro manos», las dos de Benedicto y las dos de Francisco. Considero que ha sido un signo digno de ser observado: la continuidad en el ministerio de sucesores de Pedro entre Benedicto XVI y Francisco al servicio de la Iglesia. Francisco no dejó de lado aquella encíclica iniciada y casi terminada por Benedicto, sino que quiso completarla y firmarla.

A la primera encíclica, le siguió una exhortación apostólica, esta escrita «muy con dos manos», por ser muy personal del papa Francisco: La alegría del Evangelio. Creo que, en una audiencia, el Papa le comentó su alegría de

tenerla ya terminada. ¿Es realmente la declaración programática de su pontificado?

Este documento, que consiste en una exhortación apostólica, sí que está plenamente escrito por las dos manos de Francisco. Había finalizado en octubre de 2012 la asamblea sinodal convocada y presidida por Benedicto XVI dedicada a *La nueva evangelización para la transmisión de la fe* y como es costumbre después de una asamblea del sínodo de los obispos, el Papa publica un documento postsinodal que recoge las propuestas que le han ofrecido los padres sinodales en la respectiva asamblea sinodal. Por la renuncia de Benedicto XVI, el 28 de febrero de 2013, le correspondió a Francisco preparar y publicar la exhortación apostólica, que por expresa voluntad del Papa no se denominó «postsinodal», ya que, como él mismo me dijo en mi primera audiencia privada, el texto de *La alegría del Evangelio (Evangelii gaudium)* es más amplio que los contenidos de aquella asamblea sinodal de 2012.

Francisco trabajó este documento durante el mes de agosto de 2013, en pleno *ferragosto* romano. En la referida audiencia privada, que me concedió los primeros días de septiembre, me dijo con satisfacción que ya había terminado su exhortación apostólica y que incluía un capítulo dedicado a la homilía. Un Papa que no hace vacaciones y que las aprovecha para trabajar. *La alegría del Evangelio* es el programa de su pontificado y el programa de toda la Iglesia. Lo dice claramente desde el inicio del documento e invita a toda la Iglesia a ponerlo en práctica.

La segunda encíclica Laudato si' es muy personal del papa Francisco, aunque él mismo ha dicho que ha tenido muchos asesores o consultores, entre ellos Leonardo Boff. Us-

ted la ha comparado, en la conferencia que pronunció en el Ateneu Barcelonès, con la Pacem in terris de san Juan XXIII. ¿Por qué esta comparación, que el mismo Francisco establece al comienzo de la encíclica?

Sí, es verdad. He hecho esta comparación porque Francisco va mucho más allá de las encíclicas habituales en cuanto a sus destinatarios. Esta no es una carta dirigida solo a los católicos ni solo a los cristianos; es una carta dirigida a todo el mundo, a todos los que quieren escuchar su mensaje, porque, como dice el Papa, el problema ecológico solo se podrá resolver si hay una implicación de todos. Y Juan XXIII hizo lo mismo con su encíclica *Pacem in terris*, dirigida a todos los hombres y mujeres de buena voluntad. La razón de esta coincidencia pienso que se debe al espíritu común de los dos Papas y también a los contenidos de las dos encíclicas, ya que tanto la ecología como la paz en el mundo son obra de todos y aquellas encíclicas tenían que dirigirse a todos.

Se ha dicho que el papa Francisco ha introducido la ecología en la doctrina social de la Iglesia.

Pienso que esta opinión es acertada, porque la encíclica no trata solamente cuestiones técnicas y científicas, sino también y diría que preferentemente sobre contenidos éticos y sociales de la ecología. Si bien es cierto que Juan Pablo II y Benedicto XVI ya trataron sobre este tema, sin embargo no lo hicieron con una encíclica dedicada toda ella a esta temática. Francisco ha enriquecido la doctrina social de la Iglesia con esta importante y actualísima encíclica.

Se ha dicho también que es, a la vez, una encíclica temática y social. Los problemas ecológicos son también problemas sociales. ¿Quizá es esta una de las aportaciones originales de un Papa muy social como lo es Francisco?

El papa Francisco en su encíclica *Laudato si'* ha tratado de los aspectos sociales y éticos de la ecología. Cualquier abuso en el respeto a la naturaleza creada incide negativamente en la misma naturaleza y también en las personas, especialmente en los pobres. Esta es una característica de la encíclica que armoniza muy bien con la preocupación social del papa Francisco. Ante sus ojos no existen dos crisis separadas, una medioambiental y otra social. El entorno natural y el entorno humano se degradan juntos. La salvaguarda de la tierra como «casa común» y el amor a los pobres se dan la mano. Cuando no se respetan las exigencias de una ecología integral, surgen males que afectan a la convivencia social, a las personas que vivimos hoy y especialmente a las que vendrán mañana. La pregunta que late desde la primera página de la encíclica es esta: ¿qué tipo de mundo deseamos transmitir a los que vendrán después de nosotros, a los niños que están creciendo? El pecado ecológico es también un pecado social. El delito ecológico es también un delito social.

¿Cree que la encíclica ha podido ayudar a los resultados —al parecer bastante plausibles— de la Conferencia de París sobre el Clima del mes de diciembre del año pasado (2015)?

No sé en qué medida, pero estoy seguro de que influyó. Esta encíclica ha caído muy bien en todo el mundo, también en el no creyente. No hay duda de que es un docu-

mento que muchos de los que participaron en la Cumbre de París sobre el Clima, celebrada en diciembre de 2015, conocían y valoraban. Es curioso que la misma encíclica sale al paso de los congresos y conferencias internacionales y da su consejo para que puedan llegar a conclusiones que respondan a la imperiosa necesidad y urgencia de salvaguardar el clima y el universo. Francisco dice que las negociaciones internacionales no pueden avanzar significativamente a causa de la posición de los países que privilegian sus intereses por encima del bien común global. Hay que decir que los resultados de aquella cumbre, sin ser óptimos, han sido considerados como un paso importante en el buen camino y quiero pensar que también el documento del papa Francisco colaboró en el resultado final. La encíclica de Francisco ha sido muy bien acogida y muy valorada por los expertos en estas materias. De ello he tenido mayor conocimiento al preparar el Congreso Internacional de *Laudato si'* y Grandes Ciudades, que estamos preparando. Todos los expertos que —como presidente del patronato de la Fundación Antoni Gaudí para las Grandes Ciudades— he consultado coinciden en que el congreso hay que centrarlo en la encíclica y hay que ayudar a poner en práctica sus contenidos.

Esta encíclica de Francisco ha sido comparada con la Rerum novarum, de León XIII, porque lo que hizo este Papa en un momento de un gran replanteamiento social, afrontándolo de cara, lo ha hecho Francisco con un problema de la entera humanidad.

Sí, es verdad. Es que la realidad social respecto del deterioro de nuestra naturaleza es similar a la situación insostenible del problema obrero y la cuestión social que se vivía en tiempos de la *Rerum novarum* de León XIII. Aquel

documento fue providencial para ir superando el problema social en la sociedad capitalista liberal. León XIII fue criticado y en ambientes católicos se hicieron plegarias pidiendo por la conversión del Papa. La reacción ante la encíclica *Laudato si'* no ha sido aquella, si bien en algún ambiente se ha cuestionado si es propio de un pontífice tratar este tema. La *Rerum novarum* inició un cambio en el problema obrero. Espero que la *Laudato si'* lo consiga también en el problema ecológico que vivimos.

El título de la encíclica es como un guiño a la figura de Francisco de Asís, el hermano universal, ¿no cree que Francisco, haciendo honor a su nombre pontificio, nos propone recuperar una visión más franciscana del mundo para salvaguardar la entera Creación?

Lo dice el mismo Papa. La figura y el mensaje de la vida de san Francisco de Asís es sumamente actual, porque ha amado y respetado la obra creada por Dios. El *poverello d'Assisi* se sintió Creación, componente de esta maravillosa obra de la cual el hombre y la mujer forman parte y que a la luz del Génesis han recibido de su Creador un encargo importante: cuidar de esta gran obra como administradores. De ahí que la fe cristiana pueda ayudar mucho a realizar este encargo que todos hemos recibido. El Papa se refiere a ello, diciendo que la mejor manera de acabar con la pretensión del hombre de ser un dominador absoluto de la Tierra es volver a proponer la figura de un Padre creador y señor único del mundo.

Aunque será el tema de otra conversación, ¿puede darnos su impresión general sobre la exhortación apostólica del papa Francisco La alegría del amor, publicada el 8 de abril de 2016?

La alegría del amor ha sido un documento muy esperado. En los dos sínodos de 2014 y 2015 dedicados por voluntad del papa Francisco a la familia, hicimos un buen trabajo sinodal y ofrecimos al Papa nuestro consejo, un documento de noventa y cuatro apartados que trataban prácticamente todas las cuestiones actuales del matrimonio y de la familia en sus diversas situaciones y en las diversas culturas del mundo. Pero era solo un consejo, necesitábamos el documento pontificio postsinodal que ya llegó en fecha de 19 de marzo de 2016, festividad de san José, miembro de la Sagrada Familia. Mi impresión general es que el Papa sigue mucho las propuestas que aprobamos en los dos sínodos. Yo, que he sido miembro de estas dos asambleas sinodales, leyendo el documento del papa Francisco escuchaba la letra y la música de aquellos trabajos sinodales. El documento pontificio es realista, innovador y muy sinodal. Entraremos en más detalles cuando toque en sus entrevistas.